

# Proveedores

**Miguel Matesanz**

Apenas llevo media hora levantado cuando me llama por teléfono Maite Ricart de *CLIJ* («de *CLIJ*» no es su segundo apellido). Después de saludarme con su habitual amabilidad, me comenta algo que yo había dado por sentado hace tiempo. Durante los últimos meses, se han recibido en la redacción de su revista miles de cartas con un ruego común: que se publique de una maldita vez un relato del autor más querido por los lectores. Me hago el sorprendido y le aseguro a Maite que me siento abrumado por esa demostración de cariño y fidelidad. Maite, como buena profesional, se deshace en elogios hacia mi obra y mi persona, pero, antes de que sus palabras se conviertan en merengue, pronuncia la fórmula mágica: mil euros por un relato de cinco páginas. Así se hacen negocios, morena.

Acepto encantado, aunque mientras me despido de Maite me pregunto si no hubiera debido regatear durante un par de minutos, el tiempo justo para no parecer un miserable pedigüeño. Pero sólo son las doce y media de la mañana y no tengo la cabeza para teatritos sociales. Los mil euros pagarán un billete de avión a Sri-Lanka. Allí tengo una cita con uno de mis dioses. Me está esperando desde hace tiempo.

Después de colgar, me quedo unos instantes apoyado en la pared del pasillo, contemplando los cuerpos desnudos de Paula y Méibol. Las sábanas de satén negro cruzan sus caderas como relámpagos de deseo. A pesar de la distancia que me separa de ellas, distingo la tex-

tura de su piel como si la estuviera acariciando, actividad a la que me he dedicado durante toda la noche pasada. Quizá debiera continuar con esa labor tan altruista, pero si me quito de en medio el cuento de Maite antes de que se despierten mis chicas, quizá pueda dedicarles otra sesión de caricias (y alguna otra de mis especialidades) sin la preocupación de adivinar cuál de mis dioses pretende reclamar su sacrificio.

Ya veremos.

Me pongo en movimiento. Ésta es la parte que más me gusta, siempre, porque no tengo que pensar. Podría desconectar mi mente y, aun así, haría lo que tengo que hacer. Conozco cada paso, cada gesto, como si estuviera programado para ello. Me acaban de dar cuerda y ya nada puede pararme. Soy un proyectil que conoce su camino, atravieso el espacio que me separa del altar como la sombra del caos.

Medio litro de yogur líquido, siempre de fresa. Una palmera de chocolate. Una pieza de fruta, esta mañana es una Royal Gala. El desayuno de los campeones. A continuación, diez minutos de televisión: tres vídeos en la MTV, Robbie, Jamiroquai, los Black Eyed Peas. Dejo que mis pies sigan el ritmo, sin pensar en nada, alejándome de cualquier clase de pensamiento, alejándome de mí, dejándome atrás.

Es tan sencillo... Lo complicado es permanecer siempre con uno mismo. Por eso me cuesta tanto comprender a los demás.

Cuando he perdido de vista al imbécil

que suelo ser, me siento tan ligero como un susurro. Ya no escucho la música, sólo los latidos de mi corazón, impulsándome hacia adelante. Y al fondo, en el otro extremo de la vivienda, siento las primeras palabras de la historia palpitando contra las paredes, como otro corazón desbocado, el reverso del mío.

Pronto, muy pronto.

La historia está a punto de ser contada. Uno de mis dioses se relame de gusto. Los demás saben que ya les llegará su oportunidad.

Entro en el despacho y cierro la puerta.

Ahora estoy en mis dominios, en la tierra que comparto con mis dioses. Santuario. Nadie puede llegar hasta aquí.

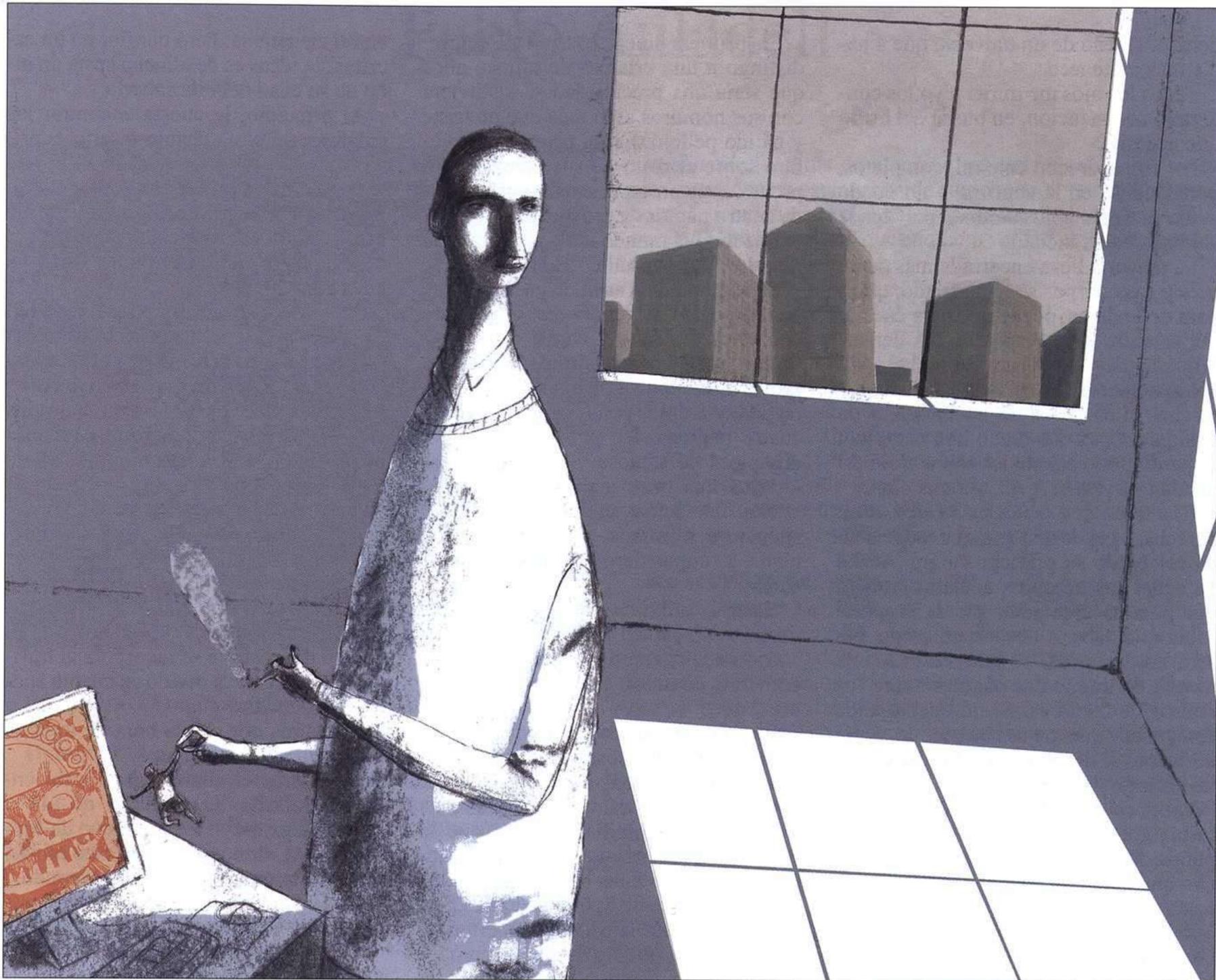
Abro la ventana y respiro despacio ante el cielo en tensión. Hago crujir mis nudillos frente al mundo, como si lo desafiara, porque sé que nunca llegará a ser tan poderoso como lo que está a punto de ocurrir. Ese mundo de juguete tiene unos dioses de papel: el mismo papel en el que escriben y corrigen y tachan los míos.

El mismo papel que mis dioses pueden convertir en una pelota arrugada.

Sin sentarme, enciendo el ordenador. El altar queda iluminado.

La pantalla en blanco reclama su sangre. Uno de mis dioses (no sé cuál, todavía ignoro su nombre) se remueve inquieto, esperando su ofrenda.

El último paso, el último gesto, la llave final: enciendo un cigarro y doy una larga calada frente al monitor. Siempre que lanzo esa primera bocanada de hu-



PABLO AULADELL

mo contra la página de cristal, recuerdo los tiempos en que escribía como los demás. Como un funcionario. Como una nenaza. Como un mierda.

¡Qué lejos queda esa vida en que las palabras nunca palpitaban contra estas cuatro paredes! Mis dioses me salvaron de aquel silencio y ahora exigen que yo les corresponda.

Está bien. Es el momento de escribir tu relato, Maite. Es el momento de hacer mi ofrenda.

Rodeo la mesa y me detengo ante la trampilla. Puedo sentir su inquietud ba-

jo el suelo. Permanecen en silencio, pero no pueden evitar que sus corazones retumben contra mí. Saben que estoy muy cerca, que están a punto de volver a verme. Desean mi llegada como yo deseo su historia.

¡Vamos allá!

Levanto la trampilla y la dejo caer hacia atrás. El golpe contra el suelo estremece la negrura que se abre a mis pies.

Al principio, sólo existe un cuadrado negro, como un lienzo plano, sin fondo. Y un hedor que se cuele en mi despacho como un espectro del que más tarde me

costará desprenderme. Un intruso molesto, pero necesario.

Desciendo un par de escalones, hundiéndome en la negrura, y los escucho moverse, nerviosos. Percibo sus movimientos bruscos, aunque todavía no pueda verlos. Y de repente ya están ahí, siluetas desmadejadas arrastrándose hacia la luz, hacia mí.

En seguida distingo sus ojos, estrellas temblorosas iluminándose una tras otra, hasta extenderse por todo ese firmamento subterráneo. Cada vez que contemplo esa constelación, me siento po-

deroso. Dueño de un universo que a nadie más pertenece.

Todos los ojos me miran y yo los contemplo con atención, en busca del brillo que necesito.

Por fin, aparecen ante mí, completos, perfilándose en la negrura, y no puedo evitar que mis labios también perfilen la sonrisa de una hiena.

La mayoría lleva encerrada más de un mes y sus cuerpos se han afilado, quizá para defenderse, puede que para encajar mejor entre los cuerpos de los demás. Alimentarlos sería un derroche. Allí abajo no necesitan comida. Nada de caprichos. Los niños se encaprichan de cualquier cosa. Lo único que necesitan es perder todo cuanto les sobra. Sólo así pueden servirme. A mí, y a mis dioses.

El cuerpo que tengo más cerca, a mi derecha, es el de una cría que todavía no ha celebrado su primera sangre. Acaba de echar los hombros adelante, intuyo que para hacerse notar y para hacerme saber que debería llevarla conmigo. No será hoy, querida. Te reservo para una novela de quinientas páginas sobre los abusos de menores. Si mi agente anda fino, puede que me des un premio. Sería un inepto si desperdiciara tu historia en un encargo de mil euros.

Un poco más allá, un niño de mirada turbia golpea el suelo de tierra con los puños. No caeré en su trampa. Por mucho que llame mi atención, no lo sacaré hasta la primavera. Su historia es una bomba. La violencia siempre arrasa. Guerra de bandas en el instituto. Sangre, venganza, pasta gansa. Entre los dos, reventaremos las listas de ventas.

¿Y la parejita que veo a mi izquierda? Un asco de enamorados. ¡Si no tienen edad para darse un pico! Pero ahí están, bien pegados el uno al otro, como siameses dedicados por entero al onanismo. Ellos saben que no ha llegado su hora, que todavía debo contar un par de historias antes de arrebatárselas la suya. Por eso apenas me prestan atención, por eso no dejan de acariciar los huesos que los sostienen. Su historia debe esperar una temporada. Su momento llegará cuando todas las pijas con espinillas reclamen una sobredosis de amor-sin. Los puñeteros aprendices de magos se lo están poniendo fácil.

En primera línea, casi en el centro, distingo a una criatura de quince años que sería una preciosidad si sostuviera con sus hombros algo más que un triste y pálido pellejo. Es mi princesa. Triunfará sobre el resto de sus compañeros, pronto, muy pronto. La haré vomitar cada cuatro páginas y provocará tal espanto que todo el mundo me considerará un maestro. ¡La consunción al poder!

En seguida me canso de pasar revista. Ya sé quién se vendrá conmigo para complacer a Maite y darme mil euros. Su historia no es tan sórdida como para provocar la repulsa de los lectores de la revista, y a duras penas ocupará más de cuatro páginas. Un paria del montón, una pieza defectuosa. Sus ojos son los últimos que miro antes de dar media vuelta. Los demás me despiden con un silencio contrariado, mientras contemplan a su compañero ascendiendo la escalera.

Hasta la próxima, mis niños. No tardaremos mucho en volver a vernos.

Cierro la trampilla, y el despacho se convierte de nuevo en un cuarto sin doble fondo.

El crío permanece de pie junto a mi mesa de trabajo, observando el mundo que se extiende más allá de la ventana abierta como si estuviera viendo una vieja película familiar. Espero que la añoranza no le provoque el llanto. Nunca he soportado a los blandengues.

Me siento frente al ordenador. El cursor parpadea en la esquina superior izquierda de la pantalla. El documento todavía está en blanco, pero ese vacío no me da ningún miedo. Hace tiempo que perdí el miedo. Desde que mis dioses me bendijeron.

—Cuéntame tu historia —digo con firmeza, al tiempo que mis dedos sobrevuelan el teclado.

Al hablar, no lo he mirado. Prefiero no fijarme en él. ¿Para qué, si dentro de veinte minutos habrá desaparecido? No es nadie, sólo una voz dictando un relato.

Habla y esfúmate. No necesito nada más de ti.

Él empieza a contar. Sabe lo que quiero. Sabe por qué lo arranqué del mundo y lo traje hasta aquí. Palabra a palabra, me da lo que necesito, quizá confiando

en mi clemencia. Pero confiar en un escritor sin ideas es de idiotas; hasta un niño de su edad debería saberlo.

Al principio, le cuesta encontrar las palabras, pero, en cuanto inserto el primer salto de página, coge carrerilla y se lo pone difícil a mis dedos. A pesar de su relato precipitado, consigo que no me saque demasiada ventaja... la justa para que, cuando escribo el punto final, ya haya desaparecido.

Suelen comenzar a desvanecerse hacia la mitad de la historia, lo descubrí con el primero. Pero desde entonces no he vuelto a mirarlos, porque no necesito pesadillas que me desvelen bajo los cuerpos de Paula y Méibol. Así está bien. Ahora ya no es asunto mío. Ahora le pertenece a otro. Al dios que se lo ha llevado. Al dios que no tardará en reclamarme, dentro de unos meses, una nueva ofrenda.

Guardo el documento. Abro mi correo. Escribo unas frases de cortesía para Maite y adjunto un fichero con el cuento. La historia se incorpora al tráfico electrónico y la olvido en cuanto apago el ordenador.

Mil euros por media hora de trabajo. Me gusta mi vida.

Dejo atrás el altar y corro a mi encuentro. Otros diez minutos de MTV: Alicia Keys, Beyoncé, lo nuevo de Madonna. Al ritmo de estas tres reinas, vuelvo a ocupar mi lugar en el mundo.

Es el momento de equilibrar mis cuentas. Entradas y salidas.

Salgo de casa.

Doy un paseo por el barrio y termino sentándome en un banco del parque. El día es soleado y los niños juegan a burlar la vigilancia de sus madres. Son geniales.

Me fijo en un crío tan rubio como el vientre de Méibol. Por un segundo, sus ojos se fijan en los míos y descubro en ellos una historia que me ayudará a perdurar.

No falla. Cada vez que una historia termina, hay otra esperando.

Enciendo un cigarro, doy una calada, me levanto y camino como lo haría un tipo tranquilo hacia el lugar donde siempre encuentra la paz.

Es lo bueno que tienen mis dioses: nunca se cansan de proveer.